

EXPERIENCIAS

El Taller Literario de la Escuela Industrial Superior *Relato e interpretación de una experiencia*

Raquel E. J. López de Burguener*

El arte ha sido creado por el hombre por su indeclinable necesidad de indagar acerca de los demás y de sí mismo. El arte es, así, un intento de comprensión del mundo. El creador crea y tiende un delicado y frágil puente hacia el receptor. Y el receptor recibe, recrea y devuelve el mensaje del creador, enriquecido, para prolongar el silencioso y luminoso diálogo de creadores, criaturas creadas y creyentes.

¿Y cuál es el contenido del diálogo incesante entre el dibujo, el color y el espectador, entre la forma y el observador, entre la letra y el lector, entre la nota musical y el oyente?

Los grandes temas son: el amor, la soledad, la muerte, la incompreensión, la búsqueda, el más allá, la lucha, la paz. Siempre el hombre ante los eternos interrogantes; siempre el hombre y el mundo. La literatura, dentro de las artes, intenta expresar ese interminable diálogo. Pero la literatura es el hombre que escribe. El hombre situado en un lugar determinado, en un tiempo circunscrito, en circunstancias precisas que lo rodean, lo influyen y lo condicionan. A partir de allí, su grito, ruego, susurro o canto adquieren matices de significaciones diferentes para ser enviadas y recibidas por los recreadores que interpretarán ese mensaje, también desde su lugar, su tiempo y sus circunstancias. Escribe el hombre adulto a un público adulto en la España del S. XVII (Aventuras - cárcel - gloria - miseria - lecturas y meditaciones en la vida de Cervantes) y surge el **Quijote**. Escribe el hombre en la Argentina del S. XIX y nace el **Martín Fierro** (amasado con la vida de su creador: largos años en el campo (batallas - periodismo - política - exilio - cargos públicos - literatura - luchas entre hermanos). Escribe el escritor argentino en el S. XX (¡tantas y tan diversas son sus circunstancias!) a un público también cambiante, pues la historia nos enmarca, sitúa, y a través de ella, el escritor se expresa.

Después de los albores esperanzados del siglo XX, después del acceso de la clase media al poder, después de la crisis del año 30, después de los gobiernos de élites, después de los gobiernos populares, después de los altibajos alternantes de gobierno civil - gobierno militar, después de la más cruenta dictadura militar que tuvo que soportar la Argentina, después... ¿qué escriben nuestros escritores? Los productos están a la vista: revisión crítica del pasado, análisis esclarecedor del presente, la temática intimista, el tema social. Desde enfoques diversos, en general, se ha superado el realismo (en el sentido de reflejo de la realidad, o fidelidad a ella) para abordar el texto de lectura oblicua de la realidad, mediante el recurso metafórico, o simbólico, o el ángulo fantástico.

* Profesora de Castellano y Literatura de la Universidad Nacional del Litoral (Argentina).

Y en ese mundo de las palabras ¿cuál es el lugar que tiene el joven, o, más concretamente, el adolescente argentino? Veamos: recibe –cuando quiere o le damos la oportunidad– literatura adulta (no pensada para él), o una estrecha franja dedicada a él, franja aún en formación en nuestro país. Pero, ¿qué quieren realmente nuestros chicos? ¿Leen? ¿Qué leen? ¿Escriben? ¿Qué escriben? ¿Cuáles son sus temas más apetecibles o frecuentados?

Hasta mi primera experiencia en un taller literario, iniciada en 1984, todo esto estaba en la nebulosa. Sabía lo que los chicos leían –y leen– en las escuelas. Y lo que escribían en el estricto margen de las aulas y dentro de sus unidades horarias. Pero afuera ¿qué? o en un ámbito menos formal, ¿cuánto, a quiénes, por qué, para qué? La experiencia de un taller literario es apasionante y develadora de esos interrogantes. Cuando yo encaré la tarea del taller, estaba formada según los cánones clásicos de la educación sistematizada que nos orienta a los profesores a desarrollar un programa donde la lengua tiene un papel prioritario y en donde se enseña el uso correcto del idioma, y los textos literarios se seleccionan según los criterios del profesor y, en muchos casos, en 4º y 5º años, siguiendo un orden cronológico de los movimientos literarios por países, siempre dentro de la literatura escrita en castellano. ¿Funciona este enfoque en un taller literario? ¿Qué pasa en un taller literario? ¿Qué buscan en él los adolescentes?

Ante esta realidad diferente, me vi en la necesidad de des-aprender lo aprendido, y andar nuevos caminos junto a mis alumnos en una común aventura cuyo trayecto es el descubrimiento permanente. Es decir, traté en las primeras reuniones de encarar un programa de temas y textos (p. e. el tema de la libertad en la literatura americana; literatura urbana y literatura rural en la Argentina; textos literarios que tratan la problemática indígena; literatura urbana y literatura rural en Santa Fe). Los chicos me llevaron por otras sendas y, en lugar de conducir, me sentí conducida por ellos. A ver ¿a dónde llegaríamos? En ese camino estamos: transitar por esta selva que ellos van desbrozando por primera vez, a través de la palabra, para tocar zonas de la realidad, adentrarnos en ellas y verbalizarlas. Camino sinuoso y llenos de sorpresas, hallazgos, desciframiento de incógnitas, tabúes y planteamientos de nuevos problemas a resolver, o no. Se notó desde el principio que los chicos tenían mucho que decir, y que en muy raras ocasiones habíamos sabido tener el oído y el corazón abiertos y dispuestos a escuchar. Entonces, en cada reunión se ponen sobre la mesa temas que se discuten y luego se tornan en textos escritos por ellos, se analizan y rebaten posiciones; se experimentan nuevos enfoques y estructuras en el acto de escribir y comunicar.

¿Cuál es el material? Todo lo que traen los chicos y yo arrimo: historietas, periódicos, textos de disímil calidad (ciencia-ficción, policiales, de terror, poemas intimistas, revistas de divulgación científica o recreativas, humorísticas, best sellers). Se escucha música, se observan y analizan pinturas, se canta, se visitan museos, se va de paseo, se hacen excursiones... se juega, nos peleamos. ¡Caramba! ¡Qué manera de movernos el piso! Así, los profesores ya no podemos estar tranquilos. Ya no decimos nosotros: hay que hacer esto, hay que leer esto, hay que escribir esto. Ahora, y en reunión parlante, son ellos los que dicen, discuten, son ellos los que deciden qué quieren leer y qué quieren escribir. Digamos que eso es la libertad de

expresión. Y, ¡oh descubrimiento de nosotros, los adultos!, lo que no les hemos permitido en tantas ocasiones.

Ante esta reacomodación de roles –alumnos que marchan hacia adelante, profesor que los sigue, los acompaña– ¿qué se logra? ¿Qué sucede en un grupo de trabajo, unido por el gusto por la literatura? Muchas cosas. Digamos, en primera instancia, que se logra un clima cordial, sin tensiones, de alegre participación. En segunda instancia, y como consecuencia, el placer de estar juntos creando un propio ámbito en donde la creatividad está unida a la libertad de decisión y a la satisfacción de poder hacerlo. Tengamos en cuenta otra circunstancia en el caso de este taller: funciona en una escuela técnica en donde –como ya sabemos– el plan de estudios, las terminalidades, están diciendo y exigiendo otra cosa a los chicos: formarse eficientemente como técnicos. ¿Es esto una dificultad para el libre cauce hacia la creatividad? La respuesta es compleja y no siempre es armónico el funcionamiento conjunto de esta doble realidad: formación técnica y expresión creadora. Ayuda y dificulta. Pero, en definitiva, tratamos de aprovecharla.

Entonces: el taller literario existe y funciona, a pesar de todo, o por eso. Y en él los chicos tratan de exteriorizar su mundo, su complejo y rico mundo. Es su lugarcito, “el rinconcito de las fresas silvestres” de aquel viejo film de Bergman. Pero, ojo: los chicos no vienen volando de alguna remota zona ideal. Están insertos y presionados por una realidad que los encuadra y condiciona. Cosas concretas: su historia personal, los problemas económicos, los conflictos políticos, su mejor o peor relación con los demás (padres, amigos, hermanos, profesores), sus ansiedades, sus dudas, sus expectativas. Y desde allí escriben, desde allí leen, o no. Y entonces, ¿qué escriben? ¿Cómo? ¿Por qué?

Los temas que ellos frecuentan son:

- La violencia (física y moral);
- el terror;
- la reflexión sobre temas existenciales (qué es la vida, qué es el tiempo, si existe el tiempo objetivo, la soledad, la muerte);
- la intriga policial;
- la relación entre padres e hijos;
- la ensoñación;
- la fantasía;
- el humorismo;
- la ciencia-ficción;
- el amor, que se toca con mucho pudor, al ser el tema central de sus vidas;
- Dios.

Como ilustración parcial de lo que han producido los chicos integrantes del taller, he seleccionado algunos textos breves y fragmentos de otros.

La inquietud adolescente aparece en este poema en donde oscila el autor entre la esperanza y la desesperanza:

Me ahogo en la profundidad de un espejo;
estoy ahí,
trato de conocerme,
sigo improvisando vida,
ocultando amor,
aún hay algo por hacer:
mis ojos descubren una pena que abraza.
Pasan tantas noches por esta desnudez
que me delata.
En una máscara
–musgo y brisa–
me acurruco.
Y sigo quemando miedos
buscando soles.

El paso de la adolescencia a la adultez es doloroso. Hay descubrimientos que son desilusiones. Hay hallazgos que perturban pues conducen al adolescente indagador a respuestas temibles: la condición del hombre, su anhelo de vencer el tiempo, de trascender su fugacidad, aparece en este afiligranado poema de Jorge, 15 años en el momento en que lo escribió. Intuye precozmente que hay “hombres tristes” en esta infructuosa búsqueda de eternidad:

Así como el agua del río,
que no se detiene,
 aunque quiera,
en la orilla que vislumbra,
empujada por las olas,
o una mano delicada
que le da el envión pasajero,
así como la noche
 que aguarda
en su escondite la puesta del sol
 para luego
adueñarse del planeta,
así están los hombres,
envueltos en su propia bruma,
continuando su carrera
en un imposible intento
 de soledad vana,
conquistando ellos solos
el puñado de tierra,
 capturando
el pequeño charco de agua,
gotas de materia, de olvido
 y continúan
sin olvidarse de la búsqueda
de ese débil aleteo de pensamiento
derramado en la gris celda
 de la esperanza.

Quizás han de encontrarse
a sí mismos, algún día.

.....
Mientras tanto, alguien sueña,
pájaro sin alas que recorre el mundo,
en hallar la inmortalidad.

(“Sueño de hombres tristes”)

El hombre busca, pero sólo aprisiona lo inasible: el agua, un puñado de tierra, el pensamiento. Trocitos de realidad que se les escapan entre los dedos.

Estos chicos son habitantes de la ciudad; sus temas son, por lo tanto, urbanos. La naturaleza está trabajada metafóricamente, mediatizada, como apoyatura de los sentimientos o ideas que quieren transmitir. Costó trabajo que desterraran la mera muletilla o adorno en la instrumentación del lenguaje. Paulatinamente, se fueron alejando de aquellos “grandes temas” que los impresionan, pero que frecuentemente no abarcan con eficacia o conocimiento, y así tenemos estas producciones que refieren el entorno santafesino, despojado ya el discurso de ciertas vestiduras ampulosas, y con un intento de utilizar el habla de la región y re-crear sus personajes y paisajes.

Daniela relata en el cuento que a continuación se transcribe, una historia real. Ella ha vivido en Alto Verde, un pueblito costero, aledaño a la ciudad; pueblito humilde acosado todos los años por las inundaciones del Paraná:

Siempre

Apagando el televisor me enciendo. Me doy permiso. Comienzo. La historia me la contó mi tía, yo no puedo saber la fecha, pero sí, hace mucho, hace mucho, decía ella mientras lavaba las sábanas, hace mucho.

—Acá nomás, en Santa Fe, el marido, bueno Dani, marido es una palabra que no funciona en las islas, allá las palabras siempre tienen sentido. El hombre se iba al pueblo a vender las pieles de víboras que le encargaban, ella sabía, así que para qué despedidas. Abrió la puerta del rancho, corrió la cortina que se cayó, la dejó así, vio la orilla del río a media cuadra.

Y no pensó. La figura de él se hundía en el espacio verde-azul.

Giré, desperté a los chicos, 5, 6, a veces se olvidaba que Juan llegó este verano y que el otoño está enseñándole a morder a sus besos, a sentarse y a mirar, mirar...

Ya pasaron siete días y el pan se raciona.

Los López se mudaron más al norte, el agua está lamiendo el patio del rancho. Ella se levanta cada día más temprano y duerme cada vez más.

Hoy no hay leche, la vaca se ahogó.

Juan se chupa el dedo, los demás duermen, ella mira el río.

Catorce noches y él no viene. Ella ya no duerme, ni la noche se anima a mirarle los ojos.

Está sola, la gente se fue, toda la semana pasada.

Y en la canoa no había lugar para los chicos, ni para Juan. Se quedaron.

Dieciséis días, a los chicos les divierte esto de chapalearse sentados en la camita, mamá les prohíbe tomar agua y ellos obedecen. Tienen sed.

Diecisiete días. Hay dos botellas de agua. Todos saben que son para la mamadera de Juan. Nadie tiene sed.

La tarde llora. Y el río es una esponja. Ella colgó la pollera roja sobre la escoba, la ató a los palos del techo del rancho.

El la va a ver.

Dieciocho días. Ahora son cinco, nadie quiere saber quién falta. Juan llora.

Veinte días. Al hombre le sangran las manos pero rema, rema, ya no ve, rema, ya no come, rema.

Sigue lloviendo, claro, el ya no sabe qué es no llover.

Y la ve, roja, roja, roja, y llega. Es una escoba que no pudo caer y el trapo y el agua que no lo deja gritar.

—Llueve, me das otro mate, Dani.

No me animaba a preguntar ¿y Juan?

—Juan estaba medio ahogado, envuelto, la verdad, nadie se lo preguntó.

¿Cuándo llega el bulto a sus manos? Era como si otras manos lo estuvieran acunando, entregando. El lo desenvuelve, no piensa, no sabe cómo llega el bulto, estaba ahí, justo en la zona más alta del rancho, mojado, frío, y grita, grita, Juan grita. ¿O todos gritan?

Las manos reman o sangran, reman o sangran, pero llegan.

Llegan. El hombre toma el bulto, no lo besa, lo mira. Juan lo mira, saben, se entienden, y... Juan entiende.

Las mujeres de la costa se lo quitan de las manos, lo alimentan. Pero él, él ya no está, él rema, rema.

Ella lo está esperando.

Daniela tiene 17 años cuando escribe esta historia. En ella notamos la fina alusión al paisaje sin rastros de pintoresquismo; por el contrario, hombre y naturaleza están estrechamente imbricados y no puede faltar ninguno de los dos elementos para que la historia sea posible. Igualmente ninguna estridencia melodramática molesta para destacar la tragedia, que surge del mismo tono del relato y de la economía de sus recursos.

En los extramuros de la ciudad se deslizan las vías del ferrocarril; por allí hay barrios suburbanos en donde los baldíos, las calles de tierra, los charcos y los pastos incultos permiten que los sapos y las ranas proliferen. Los chicos que juegan con ellos hasta matarlos, también.

Esta es una versión dicha y sentida por Marcela –18 años– que aborda el tema practicando el “feísmo”; es bueno destacar el uso del lenguaje, la estructura del texto breve en donde la historia existe por elusión; los verboides han reemplazado a los verbos flexionados y crean un distanciamiento en el tiempo y en el espacio de la historia no contada directamente; también es digno de subrayar en la estructura la presencia de sólo dos oraciones: la primera consta de una sola palabra; la segunda es una muy extensa que engloba toda la historia pero que no tiene sentido sin la presencia de la unimembre, que es el núcleo tácito de la segunda extensa oración. Entre paréntesis hay una imprevista irrupción del narrador, quien adosa una reflexión totalmente ajena al tema expuesto, pero que nos ubica en el recuerdo lejano, de la infancia, del narrador:

El hueco

Sapos.

Acorralados por las lagunas cercadas de vías de durmientes mal separados y piedras de chicos que caen grandes (otra vez acorralados) desplazando en forma horizontal órganos blanditos y achatados; alimentadas por la lluvia, aguardando en las nubes de viento grises entre dos fierros que pasan y correr y reírse cuando revientan salivazos de cuerpitos apretados, instantáneamente apretados, sorpresivamente apretados, y recordar cuando se pasa, bajado por el caminito que te lleva desde la vía, de tierra, hasta la plaza vieja (vaya a saber a dónde iría).

¿Es esto un cuento? A los chicos no les importa si lo es o no. Creo que a nosotros tampoco debería importarnos y sí la originalidad buscada y hallada por el joven autor.

Miguel escribe "Esa visita que llegó de noche", a los 18 años. En este cuento el tema de la muerte se atempera con el enfoque fantástico: la muerte es una hermosa y joven mujer; y más: es la madre del protagonista. Es interesante el hecho de que sea un niño y que el autor haya elegido la primera persona para narrar la vivencia de la muerte.

Esa visita que llegó de noche

Tenía frío, ese frío oscuro que nos oprime cuando estamos cansados o abatidos. O asustados.

El miedo es hábil, nos cansa de a poco, muy de a poco.

Y yo era débil, me dejaba cansar.

Esa noche era como cualquier otra, felina, densa, callada.

Eran pocas las noches con las cuales mis ocho años podían hablar. Por entonces, ésa no parecía querer decir nada.

El living estaba vacío. Al sillón también lo sentía vacío, a pesar de estar sentado en él.

Recién ahora comprendo esas crisis frecuentes que solía tener de chico, cuando no me daba cuenta de mi propia existencia. Incomodidad podría llamarse.

Los psicólogos dirán que es normal en la niñez. Pero a mí no me parecía. Es más, yo era bastante anormal. Tenía la mala costumbre de analizarlo todo, de entenderlo todo.

Y esa noche era algo más densa, más envolvente. Y yo lo comprendí. El frío hacía de interprete.

Me puse a jugar conmigo mismo. Fui soldado, detective, aventurero.

Cambiaba de personaje cada vez que oía un ruido y algo se alertaba dentro de mí. Como todas las casas, la mía hablaba cuando estaba sola. Yo era tan insignificante que debía sentirse sola, así que el reloj de la pared le dijo un tic tac grotesco a la canilla que goteaba y juro que las alfombras reñían en susurros a las paredes. Sólo que elegían hacerlo cuando yo me movía sobre ellas.

Me preguntaba por qué mis padres tardaban tanto, aunque sabía la razón.

Mi papá, como todos o casi todos los papás, trabajaba. Y esa noche tenía una cena. Fue con mamá, y los nenes molestan en las cenas.

“— Volvemos temprano, querido. Portate bien.” (voz de mamá cariñosa.)”

“—Apurate que no llegamos” (voz de padre que quiere ascender).

No sé por qué los tonos de las frases me quedaban tan grabados en la memoria. Sí lo sé, era parte de mi manía.

—No me quieren —le dije al almohadón—. No me contestó. Sabía que no tenía razón. Alguien llamó a la puerta justo cuando iba a matar al malo de la película (el sillón que estaba junto al televisor).

“— No le abras a nadie cuando estés solo” (voz de madre preocupada).

Corrí una silla y me subí a ella para espiar por la mirilla. Casi me caigo al saltar para abrirle la puerta a mamá.

—Te vengo a buscar —me dijo—. Me daba no-sé-qué que estuvieras solito.

El sobresalto que oprimió mis intestinos cuando llamó a la puerta se fue aflojando. —Cambiate y vamos —agregó—. Subió conmigo hasta mi pieza, me ayudó a ponerme la ropa, a peinarme, a perfumarme. Me llamó la atención el no bañarme. “Falta de tiempo”, pensé.

Realmente mi mamá era bonita: y se veía muy bien con ese vestido blanco y elegante. Demasiado blanco.

Salimos. Me sentía extraño por no haberme bañado antes de ponerme la ropa limpia. Me sentía desentonado con esa señora de blanco.

Con mi madre.

—¿A dónde es? —le pregunté cuando subimos al auto—. Me pareció más oscuro que antes.

—Un poco lejos, ya vas a ver —me contestó, radiante—. Era mi madre, radiante.

Arrancamos. Me pareció por un momento que al salir de casa con papá, mamá tenía un cinturón gris. Gris, no blanco.

.....
—¡Martín, Martincito, nene! La mujer del vestido blanco y el cinturón gris lloraba y gritaba. El hombre que estaba a su lado la abrazó.

.....
Mi cuerpo ya no es aquel cuerpo y mi nombre no es Martín. Pero sigo siendo el mismo, me doy cuenta de todo. Mi psicólogo dice que mis sueños son por un viejo trauma, pero no.

La muerte nos lleva sin darnos tiempo a bañarnos.

Pero dije que nuestro taller es alegre. ¿Escriben temas festivos nuestros adolescentes? Más bien practican la ironía, pero sus trabajos humorísticos son recibidos con verdadera alegría por el grupo. Mucho se consigue a partir de los juegos literarios que proponemos en las reuniones.

Rodrigo, a los 15 años, nos cuenta que ha hallado el centro del universo (un “Aleph” en versión adolescente, sin que el autor haya leído ese cuento de Borges). Y nos lo narra así:

Centro

Regla uno: Dudar hasta de nuestras propias convicciones.

Regla dos: Tomar las apariencias como factores nulos.

Regla tres: No dejar de lado una posibilidad por más pequeña que ésta sea.

Regla cuatro: Al estar seguro no hace falta verificar.

Regla cinco: Nunca hay que estar seguro de nada.

Las releí unas cuantas veces. Según decía el manual, con esas reglas se podía develar cualquier misterio, enigma, problema o duda que se nos presentara.

.....
Me propuse investigar dónde estaba el centro del universo, para empezar.

Salí, manual bajo el brazo, a buscarlo por el barrio.

Luego de caminar algunas cuadras vi a un chico jugando con él.

En ese momento lo hacía girar; o sea: hacía que todo girara alrededor de él.

Le pedí al pibe el centro del universo, y aunque no parecía serlo, había una probabilidad y por ende no estaba seguro de si era o no

Entonces me hice un planteo: Eso que tenía en mis manos, ¿giraba relacionándolo con todo lo demás o por el contrario funcionaba como punto de referencia para que todo girase en su entorno? Necesitaba una referencia; esa referencia, ¿giraba?, porque en caso negativo sería ésta también el centro del universo y por lo tanto habría...

Noté que el pibe me miraba extrañado.

Luego de aconsejarle que nunca le hiciera caso a un manual de investigador, le devolví el yo-yo y él, sin dudar, nos hizo girar a todos otra vez.

En una ciudad relativamente grande como es Santa Fe, un grupo de chicos y chicas buscan su propia voz.

Algunas veces deben gritar por sobre el ruido de autos, bocinas, música altisonante y televisión chillona, para que se los oiga. Otras veces, eligen el susurro para confiarnos sus secretos, muy cerca de nuestras orejas. O se callan... y escuchan.

¿Estas voces están dirigidas a nosotros, los grandes? Seguramente que sí. Esas voces son un llamado.

¿Esas voces les hablan a otros chicos de su edad?

Seguro que sí... Desean comunicarse y comprenderse. No desoigamos lo que esas voces nos dicen, nos gritan, nos cantan, nos susurran.

Cuando empecemos a escuchar, empezaremos a entender.

Y si empezamos a entender... bueno... qué bien estaría que los adultos no veamos siempre un aburrido sombrero, cuando estos "principitos adolescentes" nos muestren el inquietante dibujo de la boa que se tragó al elefante.

Sí, estoy segura: algo grande y hermoso pasará cuando los adultos – escuchando a nuestros chicos, a nuestros muchachos– empecemos a entender.

Referencias bibliográficas

a) Sobre el adolescente y la dinámica grupal

Brichetto, Oscar (1988) **Didáctica como estrategia para el aprendizaje grupal**. Documento de trabajo sobre formación docente. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.

Emanuelle, Elsa (1988) **El adolescente en el nivel medio y al proceso de orientación**. Documento integrante de las jornadas de reflexión sobre la práctica docente. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.

Pampillo, Gloria (1986) **El taller de escritura**. Buenos Aires: Plus Ultra.

Rodari, Gianni (1985) **Gramática de la fantasía**. (Introducción al arte de inventar historias). Barcelona: Hogar del libro.

Salotti, Marta (1968) **La enseñanza de la lengua**. Buenos Aires: Kapelusz.

Salotti, Marta (1965) **La lengua viva**. Buenos Aires: Kapelusz.

b) Sobre la literatura y la región

Pizarro, Ana y otros (1985) **La literatura latinoamericana como proceso**. Buenos Aires: C.E.A.L.

Vittori, José L. (1966) **Literatura y región**. Santa Fe: Colmegna.

Vittori, José L. (1977) **El escritor: medio y lenguaje**. Buenos Aires: Castañeda.